

Pitagorismo y filosofía platónica

Julieta Lizaola

*¡Qué grande fuiste, Eudemo, que en la Noche
buscabas el principio que ilumina
la aurora de los seres primigenios
y en la cadena genealógica
oculta su raíz y su principio!*

POEMA ÓRFICO

I

La filosofía, como amor a la sabiduría, nació con las propuestas pitagóricas. Antes de ello ya había surgido el interés por conocer el mundo y, sobre todo, ya había nacido el preguntarse ante los asombros que el mundo ocasiona en los hombres, *la Physis*. Sin embargo, el plantearse un camino de conocimiento, como camino de vida, es decir, como cauce de la espiritualidad humana, nace en la conjunción de los mitos órficos y la perspectiva pitagórica. Es con Pitágoras con quien nace la necesidad de plantearse un camino, un método que concilie el conocimiento y la salvación del alma.

Para sostener lo anterior, es necesario detenernos en el universo órfico-pitagórico. Lo primero que habremos de mencionar es el carácter de incertidumbre con que llega a nosotros lo realizado por los pitagóricos: se comprende fácilmente la polémica filológica que esto implica y las complicaciones que surgen cada vez que aparece en escena un nuevo descubrimiento. Así, debemos señalar que lo que aquí se menciona toma en cuenta lo que se tiene establecido, hasta ahora, como los contenidos de la cosmovisión pitagórica. Por otro lado hay una tendencia a hacer del pitagorismo fuente de múltiples conocimientos esotéricos, aspecto que nosotros dejaremos de lado, al igual que sus desarrollos matemáticos. Nuestro interés radica en subrayar la raíz pitagórica que se trasluce en la teoría de Platón; es decir, en observar esa línea de pensamiento que

nos conduce a una idea del conocimiento que ha estado presente en todo Occidente, de forma a veces velada, a veces ambigua; sin acabar de ser reconocida como un horizonte que sostiene como constante su preocupación por la vida espiritual del hombre.

Al adentrarnos en el estudio del pitagorismo, éste se nos revela como el resultado de la suma de diferentes corrientes de pensamiento antiguo. Por un lado las influencias de las filosofías y religiones egipcias, al lado de fuentes hinduistas y babilónicas, aunadas a la naciente ciencia griega. Tal síntesis permitió que llegaran a Occidente varios conceptos ineludibles para nosotros: el alma como entidad separada del cuerpo, la inmortalidad del alma y su necesidad de salvación, los infiernos y el descenso a ellos como una forma de conocimiento, la necesidad de la Noche como principio y potencia, como espacio de la introspección última, y el cuerpo como un receptáculo. La consideración del cuerpo como un elemento, si bien necesario para el tránsito por esta vida, igualmente despreciable por su inevitable corrupción y, por lo mismo, requerido de frecuentes purificaciones. Sin embargo, hay otros conceptos que fueron casi olvidados por las preocupaciones cognoscitivas de Occidente como lo es la *armonía* del cosmos. Armonía que podría ser aprehendida y corroborada en el desarrollo matemático, convirtiéndose éste en la ciencia sagrada que permitiría la creación de la música y el conocimiento de la *sinfonía* del universo. La armonía como el espejo de la perfección e invitación al conocimiento que hará de las almas parte de la misma. En suma: la idea de que el conocimiento es salvación del alma al acercarnos a la armonía propia del cosmos.

De esta forma nace la relación paradójica entre el conocimiento y la vida, donde la búsqueda de éste es una preparación para la muerte. Así, abre un sentido a la vida, dando un nuevo horizonte, donde ésta queda definida como la búsqueda del conocimiento necesario para lograr la purificación y salvación del alma. De acuerdo con lo anterior, la vida es el cauce, el camino, para alcanzar la salvación del alma a través de vislumbrar la armonía cósmica que se revela matemáticamente.

Platón aceptará la idea de la salvación por el conocimiento de la verdad y la belleza, y a la filosofía, como una preparación para la muerte. La tarea del filósofo Platón será, entonces, encontrar el mejor camino para lograr que los hombres alcancemos la salvación del alma y, reencontrándonos con la Idea, seamos liberados de la carne. Es entonces, el suyo, un conocimiento fundado en una nueva necesidad: la de encontrar la forma de *guiar* ese conocimiento hacia un camino de liberación. Camino que al cumplirse logre la máxima libertad, lejos ya de las *deficiencias* corporales, dando espacio y tiempo a la paradoja que se nos presenta bajo la figura de la muerte como libertad: la vida sólo puede ser tentativa de liber-

tad, la muerte su cumplimiento. Queda sembrada aquí una idea que ha transcurrido con el hombre occidental desde entonces y que es reflejo de su esperanza originaria: el aceptar como esencial, como condición de la vida humana, que lo mejor de la existencia está en el futuro, y que en concreto llegará con la muerte, pues es en este último acto carnal donde nos abrimos a la vida eterna. Escuchemos a Platón en el Fedón:

...mientras tengamos el cuerpo y esté nuestra alma mezclada con semejante mal, jamás alcanzaremos de manera suficiente lo que deseamos (...) y lo que deseamos es la Verdad.(...) nos queda demostrado que, si alguna vez hemos de saber algo, tenemos que desembarazarnos de él y contemplar tan sólo con el alma las cosas en sí mismas. Entonces, según parece, tendremos aquello que deseamos y de lo que nos declaramos enamorados, la sabiduría; tan sólo entonces, una vez muertos (...) y no en vida.¹

La filosofía de Platón nace, surge, despierta de la necesidad de convertirse en un camino de salvación para el alma, es decir, en una guía para alcanzar la inmortalidad. El liberarla de la carne es liberarla del sometimiento a las necesidades de un cuerpo: cuerpo que recorrerá el inevitable camino desde su nacimiento a su corrupción. Salvar el alma es liberarnos de un cuerpo que sufre y es humillado por su inevitable desaparición. Pero también y de forma fundamental es hacernos de nuestra alma, tener alma ya para siempre, y con ella alcanzar la eternidad.

De esta manera, purificados y desembarazados de la insensatez del cuerpo, estaremos como es natural, entre gentes semejantes a Nosotros y conoceremos todo lo que es puro.²

Si bien esta es la idea central que traspasa del pitagorismo al platonismo tenemos que detenernos y observar como ésta se construye. Para ello es necesario ir más atrás, ir al orfismo que ha sido aceptado como la semilla pitagórica.

II

El orfismo es una de las cosmogonías prefilosóficas griegas, es decir, un relato mito-poético acerca del origen del mundo que fue transmitido por escrito u oralmente entre los siglos VII y VI antes de nuestra era. Entre otras cosmogonías están las elaboradas por Hesíodo, Epiménides y Museo;

¹ Platón. *Fedón*, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1979, p. 616.

² Platón. Op. cit. p. 617

la autoría de la teogonía órfica corresponde a un personaje anónimo al que de forma mítica se denomina Orfeo. En las cosmogonías antiguas se observa fácilmente un núcleo común, el cual corresponde al elemento originario y anterior a todo: la oscuridad. En algunas cosmogonías se le llama caos, tártaro, tiniebla. En el orfismo se llama Noche.

Por otro lado, es necesario recordar que para el orfismo el alma es divina e inmortal pero no libre, ya que carga una culpa originaria a causa de la cual está encerrada en la cárcel del cuerpo. La salvación del alma implicará liberarla de esta culpa. Tal culpa es la soberbia: el mito órfico del origen del hombre lo hace descendiente de los titanes; éstos, envidiosos de Dionisio, lo engañaron con juguetes y lo mataron para luego despedazarlo y cocinarlo. En castigo, Zeus los fulminó. Las cenizas de los desaparecidos titanes se mezclaron con la tierra y de esta mezcla, sin que Zeus se percatara, nació el hombre. Es por ello, por descender de los titanes, por lo que los hombres tenemos una parte divina y, también, la culpa del asesinato de Dionisio. Pero además cargamos con parte de la soberbia de los titanes. Nuestra parte divina arrastra soberbia y culpa, por lo que el sentido fundamental de la vida humana es recorrer el camino de la purificación; para lograrlo habrá que iniciarse en los misterios dionisiacos persiguiendo la unión extática con la divinidad en una vida de estricta pureza.

Algunos autores hacen la diferencia entre orfismo y pitagorismo en la relación que sostienen con el cuerpo: para los primeros era un castigo, por lo tanto su papel es el de una prisión, una tumba del alma; para los segundos un templo, algo que cuidar y proteger. Sin embargo, en ambos casos el cuidado del cuerpo quedaba justificado y establecía una suma de conductas y cuidados rigurosos en relación con él. La analogía reside en que, para ambos, dado su carácter de receptáculo de algo sagrado, era indispensable otorgarle cuidados dirigidos a su purificación.

Es evidente que no tiene mayor importancia si Orfeo existió realmente o fue un cantor mítico. Salta a la vista que la trascendencia de los poemas órficos reside en las verdades absolutas que mostró y significó para el hombre antiguo, su alma y su forma de vida. Queremos decir que la importancia del orfismo se comprende en su relación con las ideas religiosas griegas más arcaicas y, sobre todo, por la posibilidad que abre a los filósofos presocráticos de reflexionar sobre su concepción del origen del mundo.

Como cosmogonía prefilosófica explica los orígenes del mundo y el nacimiento de los dioses y posteriormente el nacimiento de la humanidad; de cosmogonía, se traduce en teogonía y posteriormente en antropogonía. Debemos subrayar el hecho de que en la divinidad del mundo radica su propia inteligibilidad. Lo divino se introduce en el orden del mundo y sus elementos pasan a ser divinizados: la divina Noche o el

divino Caos, por ejemplo. Aquí, finalmente se advierte el carácter pre-filosófico: develar los secretos del pasado es clave para entender el devenir. De tal forma, el orfismo no sólo fue poesía sino fundamentalmente precursor del pensamiento racional griego y del cual surgirá tanto un lenguaje religioso como uno filosófico.

III

El pitagorismo hará suya la idea del alma órfica, su necesaria purificación, su transmigración e igualmente la primacía de la música sobre las demás artes; recordemos que Orfeo era célebre por su forma de entonar la lira; asumirá, entonces, la raíz órfica y de ella se elevará el edificio de su nacimiento a la filosofía.

La doctrina pitagórica consideró que el fin para el cual había sido creado el hombre era la contemplación del cielo. En esta afirmación podemos ver varias figuras sobre el sentido de la vida humana. Desde la meramente literal, donde el hombre contemplador del cielo se extasía y espiritualiza, hasta la que nos indica su cosmovisión: el hombre viene a este mundo para salvar su alma en las múltiples reencarnaciones, y esta salvación se alcanza a través del conocimiento que proviene del cielo; es decir, del aprendizaje que el hombre antiguo logró tomar de las estrellas. Aprendizaje y conocimiento que se transformaron en la posibilidad de la matemática y de la música. Ciencias sagradas éstas por dar cuenta de la perfección y divinidad del universo, ciencias sagradas por saber de la armonía de la unidad, unidad a la que tiende la vida del alma humana. Pitágoras fue el primero en concebir el mundo como un todo bello y ordenado, como un Cosmos generado a partir de lo limitado, *peras*, y lo ilimitado, *apeiron*.

La suma de ciencia, filosofía y religión, dieron cuerpo al pitagorismo que constituyó la suma de los puentes que el hombre tendió para acercarse a la perfección que las divinidades poseen y que, en su unidad, se abre como el camino de purificación que nuestra vida espiritual requiere. Así, para esta doctrina, ontología y aritmología pasaron a ser términos equivalentes. Los números, sobre todo los diez primeros que conforman el Tetraktis, son las raíces de todos los demás y, fundamentalmente, constituyen el fondo de toda la realidad existente ... “Los cielos y los movimientos de los cuerpos celestes son el último peldaño que lleva a la comprensión de esa realidad suprema.”³

³ Gómez de Liaño, I. *Filósofos griegos, videntes judíos*. Madrid, Siruela, 2000. p. 45

Si bien la matematización del conocimiento científico, tal como lo hacemos hoy día, era un objetivo predominante, también lo era que éste, aunado al amor, diera lugar a la armonía interior. Para ello se inculcaba la moderación, la abstinencia, la sobria amabilidad, el amor a la armonía, la caridad a todos los seres vivos, el culto a la amistad, la comunidad de bienes y, especialmente, la rememoración. El modo de vida pitagórico tenía como deber fundamental el ejercicio de la memoria. Si el aprendizaje es la potencia por la cual se adquiere el conocimiento, la rememoración es aquella por la que se conserva. La rememoración implicaba una actividad cotidiana y había que seguir un orden establecido para realizarla.

De tal forma, obtener el conocimiento requería a su vez de una serie de ritos y de disciplina: del cultivo de la matemática, la música, la filosofía y de prescripciones de orden moral. Este conjunto de disciplinas son el corazón del pitagorismo y la base de su método es el hacer de la memorización un acto permanente. Tener memoria de lo que hiciste, has hecho y haces; el no ignorar las acciones y sus frutos; el *conocerte a ti mismo*. Quien no sufre la ignorancia, quien tiene memoria, ha accedido a un nuevo espacio, a un nuevo horizonte de espiritualidad.

Debemos detenernos aquí y observar la importancia de esta concepción fundamental: acceder a una vida espiritual requiere de nuestra memoria ejercitada, es decir, requiere de no olvidar para tener presente, para hacer conciencia de las cosas que pasan, logrando con ello una nueva forma de ver y de estar en el mundo. O dicho de otra forma, tener la presencia de las cosas que conforman la vida humana nos permite entenderla desde otra perspectiva, la perspectiva que permite el conocimiento de lo que ocurre.

Salvar el alma, entonces, no corresponde al estado común y simple de vivir las cosas, requiere de un orden superior y éste abraza inevitablemente una nueva relación con la vida. Por eso su carácter misterioso y aristocrático, en el sentido literal del término, donde la vida va unida a la disciplina, al orden, al cauce que guía al hombre por el camino del conocimiento y su anhelada e inevitable consecuencia: la salvación.

Haciendo una síntesis debemos subrayar dos aspectos básicos del pitagorismo: *la contemplación o teoría*, entendida como búsqueda de la verdad, y la concepción del mundo como un *conjunto ordenado* o *kosmos*, regido por el principio de la *armonía*. “Un término complejo en griego, ya que implica a un tiempo aspectos tan diferentes como la proporción matemática, la *armonía* musical y el ajuste y la proporción de los seres en un universo ordenado.”⁴

⁴ Antonio, Bernabé. “Orfismo y pitagorismo” en *Filosofía antigua*. Madrid, Tortta, 1997, p. 82.

Son dos las ideas centrales del pitagorismo, la primera es la ecuación de las cosas y los números. El que los números sean los elementos básicos sobre los que se configura toda la realidad no parecería una afirmación extraña para un científico moderno, sin embargo, los pitagóricos tenían un concepto del número diferente al que tenemos en la actualidad. Para ellos los números no eran abstracciones sino entidades materiales y concretas. “No es que la realidad sea numerable sino que está compuesta por números. Al mismo tiempo los números tienen un componente simbólico, místico y mágico, de modo que –por ejemplo– la Justicia o la Verdad podían ser también entidades numéricas.”⁵ La otra idea es el dualismo que sostiene, como principio fundamental, que la realidad se articula sobre una serie de contrarios básicos, los cuales ordenan en su oposición al *kosmos*, como se puede advertir en: noche-día, luz-oscuridad, seco-húmedo, etc.

Regresando a la teoría del alma y su transmigración, obtenemos dos conclusiones: una, que ningún acontecimiento es totalmente nuevo, ya que lo ocurrido vuelve a ocurrir, construyéndose una historia cíclica; la segunda es que la purificación del alma comporta diferentes aspectos entre los cuales aparece como central la catarsis que permite la música y el otro es el vegetarianismo como cuidado del cuerpo.

La escuela de Pitágoras, hemos dicho, fue un espacio dedicado al conocimiento y se basó en su principio más alto: el conocimiento del cosmos divino como la forma idónea de desarrollar lo que hay de divino en cada uno de nosotros. Es decir, que el afán de conocimiento se concebía como un camino y un medio de carácter religioso, por lo que podemos afirmar que la filosofía nace ligada, unida, al fundamento religioso de salvar la vida humana de su carácter manchado por la culpa. La filosofía nace de la misma raíz y el horizonte de sentido que a su vez abrirá, dará lugar a diferentes figuras y formas culturales.

IV

Todo lo anterior nos conduce a la siguiente pregunta: ¿qué hay en el pitagorismo que, una vez adoptado por Platón, le ayuda a estructurar su Teoría? Recordemos que la preocupación sustancial de Platón es ofrecer una teoría que comprenda las escisiones de la realidad: de un lado el modelo intelectual que se hacía cargo de lo eterno, inmutable, perfecto que

⁵ Ibid.

había definido Parménides; del otro lado se encontraba la copia material, sensible, temporal, imperfecta, impermanente que había reconocido Heráclito. La pregunta era cómo establecer comunicación entre ambos. La posible solución vino de los pitagóricos: se trata de la reminiscencia. El lugar poblado de ideas podía ser captado por la reminiscencia superando los posibles engaños o deficiencias que el continuo flujo de las cosas ocasionaba. Frente a lo limitado, *peras*, y lo ilimitado, *el apeiron*, surge un modelo: una realidad y su copia; las cosas que existen por su participación en el Idea. “Aprender no es sino recordar” (...) “Nuestra conciencia no es más que reminiscencia (...) Hay una demostración y es que todos los hombres, adecuadamente interrogados, todo lo encuentran sin salir de sí mismos (...) lo que quiero es llegar al fondo de este recuerdo del que hablamos.”⁶ El afirmar la existencia de realidades trascendentes implica una superación del mundo fenoménico, lo cual supone la necesidad de realizar un viaje a través del invisible espacio de las ideas; a este espacio –basándonos en el pasaje del Fedón donde describe el viaje y el encuentro del alma con un Dios lleno de bondad y sabiduría– lo nombra el Hades, lugar donde reina el dios de los muertos. Recordemos también la narración de Er en *La República*, donde cumpliendo con su papel de mensajero de lo que ocurre en el Hades, nos informa cómo se dan las diferentes reencarnaciones, la transmigración de las almas, de cómo es el ascenso y descenso de las almas donde éstas escogen su siguiente vida, siendo ellas mismas las responsables de su elección y las Parcas las legitimadoras de los destinos humanos. De tal forma, los conceptos centrales que pasan del orfismo-pitagorismo a la filosofía platónica tienen su núcleo en la teoría del alma; tales conceptos son: el alma, la necesidad de purificación del alma, la rememoración y la comunidad.

No olvidemos que la idea de alma en la Grecia antigua no implicaba necesariamente la idea de inmortalidad como trata de sustentar Rohde.⁷ En este sentido es importante tener en cuenta que no siempre existió el vínculo entre salvación e inmortalidad, sino que éste se fue construyendo. Si la salvación del alma implica inmortalidad es algo que no se corresponde con la concepción órfico-pitagórica, sino que pertenece al pensamiento de Platón, donde esto aparece ya con nitidez.

El aspecto ritual del orfismo y las reglas de vida de los pitagóricos, en busca de una catarsis sustentada en el saber y el ejercicio de la intelligen-

⁶ Op. cit.

⁷ Erwin, Rodhe. *Psique*, México, FCE, 1994.

cia, pasan ya constituidas como una unidad al pensamiento platónico. Si bien la identificación del alma con la inteligencia y la razón son parte de la herencia socrática, Platón va a sumar elementos irracionales como constitutivos del alma: si el alma fuera sólo razón no necesitaría de ser purificada. Así, respecto a la idea de inmortalidad vemos en Platón dos aspectos: el primero es el argumento del saber como reminiscencia. Este saber comprueba la preexistencia y su independencia del cuerpo; desde este punto de vista el alma aparece como principio del conocimiento intelectual. El otro argumento corresponde a la idea de que el alma es lo que alienta y trae vida al cuerpo. Así, en el Fedón, el alma no sólo es principio de conocimiento sino también de vida.

La teoría del alma platónica no puede ser separada de sus preocupaciones éticas y religiosas; para Platón el hombre no es “una planta terrestre sino celeste”.⁹ Recordemos que la filosofía es una preparación para la muerte; es el ascetismo del cuerpo que minimizado da lugar y espacio a la razón, la parte noble y digna del alma humana. Hablamos entonces de una prioridad ontológica del alma respecto al cuerpo y la acción causal de la razón que en el orden del mundo se manifiesta.

Por lo anterior, podemos afirmar que *el alma* en la cultura occidental es un descubrimiento órfico-pitagórico; tal cosmovisión acepta el padecer del alma e inaugura un hacer, un método, para recuperarla en la armonía, en la música, en la sinfonía del universo. Debemos subrayar que no fue el *logos* el que abrió esta idea de “salvación” sino el número, el germen de la matemática y la música. El alma platónica también aspira a la armonía, a la perfección que nos conduce la belleza; recordemos que el camino del alma para salvarse es recurrir a la vida contemplativa, intelectual, a una razón moral.

La necesidad de *salvación* es, según lo anterior, la idea central que hace suya Platón y sostiene varios postulados: 1. que el alma y el conocimiento son una unidad; 2. que la salvación no vendrá sino por decisión del propio hombre; 3. que estará sustentada en una forma de conocimiento; 4. que éste nace como un saber autónomo, es decir, como producto humano, sólo humano; 5. que la liberación del espíritu del hombre requiere de una dimensión donde el amor nos conduce a una forma de conocimiento que es sabiduría; 6. que la sabiduría logra la vida eterna del alma liberándola del castigo terrenal de las exigencias de la carne.

La *rememoración* pitagórica era un deber cotidiano, en el que se intentaba no dejar en el olvido nada de lo realizado. En Platón será

⁹ Platón “Timeo”. Op. cit. p. 1177

camino del alma hacia la Verdad. La teoría de las ideas constituye un arte de la memoria, si es que entendemos por ella reminiscencia, es decir, lo que el alma vio durante su estancia en el lugar supraceleste.

Por último, no podemos dejar de subrayar que la teoría de Platón se nutre de la misma raíz del pitagorismo, de la raíz religiosa. De la misma fuente de inanidad y fragilidad ante el mundo que da cuenta de la necesidad de encontrar el lugar del hombre en el cosmos. Les acompaña también la misma idea, la de alcanzar la Unidad y la Armonía. Y como en el orfismo, el ritmo, como una forma de equilibrio, es fundamental. Siglos después sintetizará Hölderlin: “Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad”.¹⁰



¹⁰ Hölderlin. *Hiperión*. Madrid, Hiperion, 1988. p. 25